J. Gonzalez Castillo

EL HIJO DE AGAR



Ediciones "Nuevo Mundo"
Buenos Aires
1918

El hijo de Agar

Drama en 3 actos, en prosa

ORIGINAL DE

J. GONZALEZ CASTILLO

Estrenado la noche
del 26 de Marzo de 1915 por la compañía de Alberto Ghiraldo
en el "Teatro Nacional" Buenos Aires



EDICIONES "NUEVO MUDO"
BUENOS AIRES

A Amanda Bello

Fuerte, leal y abnegada
Cariñosamente.

El Autor

«Los *hijos adulterinos, inces, tuosos o sacrílegos, no tienen*, por las leyes, *padre o madre*- ni parientes algunos por parte de padre o madre. No *tienen derecho* a hacer investigaciones judiciales sobre la paternidad o maternidad».

(Código Civil Argentino— Artículo 342).

...Y él (Ismael, Hijo de Agar) será hombre de fierro; su mano contra todos y las manos de todos contra él, y delante de todos sus hermanos habitará».

(Biblia — Gènesis Capítulo XVI—Vers. 12)

REPARTO

AGAR	Quiroga
MARIA	Medina
PETRONA	Ferrer
SARA	Argüelles
MARGARITA	Zapata
JULIAN	Alippi
DR. BENITEZ	Quiroga
PADRE ALBERTO	Escarsela
PICAPLEITOS	Zama
CLIENTE 1.°	Coiro
» 2.°	Fagioli
» 3.°	Bevacqua

La acción en Buenos Aires
Epoca actual, 1915

ACTO PRIMERO

DECORACION

La escena representa el bufete de un abogado, arreglado con un lujo sencillo y de buen gusto. A la derecha amplia mesa-escritorio de las llamadas «ministro», atestada de expedientes, legajos y papeles. A la izquierda mesita de dactilógrafo con su correspondiente máquina de escribir. Sofá, sillones y sillas tapizados de marroquí. Amplia biblioteca a foro. A foro, división de vidriera, a través de la cual se verá un segundo departamento, especie de vestíbulo del bufete, con una pequeña mesita y juego sencillo de sillas.

En las laterales derecha e izquierda, puertas practicables que conducen a las otras oficinas. En la puerta de derecha habrá una placa de bronce que diga «PRIVADO» y en la de la izquierda otra que diga: DR. BENÍTEZ. Es de día entre 4 y 5 de tarde. Derecha e izquierda las del espectador.

ESCENA I

AGAR y luego PICAPLEITOS

(*Al levantarse el telón aparecerán: Agar, frente a su máquina, simulando que copia un escrito. Una buena pausa. Entra Picapleitos, procurador del estudio, por el foro. Deja un sombrero en una percha de pie que habrá en la división del fondo.*)

PICAPL. (*Con un rollo de papeles debajo del brazo y dirigiéndose a Agar*). Buenas tardes, señorita...

AGAR Buenas tarde, señor...

PICAPL. ¿No ha venido el doctor Benítez, todavía?...

AGAR Sí, señor... pero salió... Debe estar en los Tribunales...

PICAPL. ¡Ah!... Entonces, allí le encontraremos... Porque me mandó buscarlo don Julián... ¿Tiene ya copiado ese escrito de la Sucesión González?...

AGAR (*Buscándolo entre los papeles que tiene en el cajón.*) Sí, señor... ¿Lo quiere?...

PICAPL. Sí... lo está esperando el doctor... Este es un asunto «morrocotudo» en el que vamos a ganarnos una «punta» de pesos de honorarios con el doctor...

AGAR Aquí está. (*Se lo da.*)

PICAPL. (*Mientras lo examina vagamente y ordena por páginas.*)... Ya lo creo... Un italiano millonario, que murió dejando toda su fortuna a la viuda... Y ahora le aparecen una «punta» de hijos... artificiales... El caso de Iturraspe, que tampoco dejó sucesión legítima y se le presentaron a la testamentaría cuarenta y cuatro adulterinos... ¡Ni que los sembrara el loco!... Bueno, hasta luego... Me está esperando el doctor. (*Da la mano a Agar que le extiende displicente la suya.*) ¡Pero qué linda mano!... Si cada vez que las veo revoloteando sobre el teclado, me siento medio «poeta», y «se me hace» que son dos mariposas picoteando flores que fueran letras... ¡eh!...

AGAR (*Sonriendo.*) Mire que lo está esperando el doctor...

PICAPL. ¡Ajah! Es verdad... Bueno: hasta luego... (*Yéndose.*) Un asunto «morrocotudo» el del italiano... Ya lo creo... (*Vase por foro. Antes de terminar esta escena habrán aparecido en la división del fondo María, madre de Agar, y Petrona, señora anciana, de humilde condición y madre de Margarita.*)

ESCENA II

AGAR, MARÍA y PETRONA

AGAR (*Viendo a la madre.*) ¡Ah! Mamá... pase... Adelante doña Petrona. (*Saludando con un beso a María y dando la mano a Petrona.*) Cómo está señora... To-

men asiento... El doctor no ha venido todavía... pero no tardará... Está en los tribunales.

MARÍA ¿Le has hablado ya del asunto...?

AGAR. Sí... Y me ha prometido ocuparse de él... o por lo menos dar su consejo sobre lo que se debe hacer. (*A Petrona.*) ¿Y Margarita?...

PETRONA Ahí está, en casa... Desesperada... ¡Qué infamia, Señor!...

AGAR Y qué le va a hacer, ahora... Hay que tener paciencia... Después de todo, la culpa...

PETRONA Sí, es de ella, de ella no más... ¡Pero será tan injusta la vida que todas las culpas de amor ha de pagarlas la mujer solamente!... ¡Creer en ese canalla!...

AGAR Así es, señora... Pero no hay que desesperar, todavía... Acaso se arrepienta... Tal vez se le pueda obligar...

PETRONA (*Lloriqueando.*) ¡Pobre hija mía!...

MARÍA (*Por cambiar de tema.*) ¿Pero le has contado al doctor toda la historia?... ¿Conoce bien el asunto?...

AGAR Sí... le he referido lo que sé... lo que podía referirle...

PETRONA ¿Y qué ha dicho?... ¿El doctor cree que se le puede obligar a casarse?...

AGAR Tanto no me he aventurado a preguntarle... Necesita antes conocer detalles, estar en antecedentes sobre el... el hombre ese... Para ser franca, le diré, que, al principio, hizo un gesto de desconfianza... Así como quien no encuentra solución inmediata... Y agregó entre dientes: «la historia de siempre»... Pero luego, al indicarme la necesidad de que viniera usted, me dijo que haría todo lo posible por arreglarlo...

MARÍA ¡Oh! El doctor es muy bueno... y la quiere mucho a Agar... Si lo ha prometido lo hará...

AGAR Eso sí: es muy caballero y muy amable. Además el socio (*indicando la puerta de izquerda*) el doctor Be-

nítez, es muy bueno también, y él estaba presente cuando yo le hablé del asunto a don Julián... Y también prometió ocuparse... Es un señor muy bueno...

PETRONA Dios quiera que así sea... (*Aparece por foro el doctor Benítez. Deja su sombrero en la percha y entra a escena.*)

AGAR (*A su madre.*) El doctor Benítez.

ESCENA III

AGAR. MARÍA. PETRONA. DR. BENÍTEZ

DR. BEN. Buenas tardes... (*A Agar.*) ¿Ha llegado ya Julián?...

AGAR Aun no, doctor... Mandó preguntar por usted hace un momento. Está en los Tribunales...

DR. BEN. ¡Ah! sí. Ya estuve con él... (*Por María y Petrona.*) ¿Las señoras desean?...

AGAR Mi mamá, doctor... Y la señora... una amiga... la madre de la joven de quien le hablé al doctor...

DR. BEN. Es verdad... Tanto gusto, señora... (*Da la mano a María y Petrona.*) La señorita ya nos habló del «caso»... Un caso corriente por cierto... pero tomen asiento... Ahora no más debe llegar el doctor Ortiz... Entretanto, pueden explicarme a mí el asunto...

PETRONA Como usted ha dicho, doctor, es desgraciadamente un caso vulgar... Mi hija era empleada del Bazar de... ese señor... como cajera... Son tres socios... Como el más joven de ellos era el encargado de los libros, estaba siempre en comunicación con él... Y como él demostraba muchas simpatías por ella... no tardó en creer la desgraciada en que aquellas simpatías eran sinceras... ¡Como si un patrón, rico y orgulloso fuera a casarse con una empleada, con una cajera, pobre como mi hija!...

DR. BEN. Suele suceder con frecuencia, sin embargo...

PETRONA Sí; en las novelas... Si a mí me hubiera dicho la infeliz que tenía esas relaciones tal vez las cosas hubieran marchado por distinto camino... Pero ya sabe: las muchachas de hoy creen saberlo todo y solo obran por voluntad propia... ¡Así las pagan!...

DR. BEN. Pero... el señor ese... ¿le dió palabra de casamiento?...

PETRONA Sí; por lo menos así lo dice ella... Pero en casa nunca estuvo...

DR. BEN. ¿Conserva su hija alguna carta de él en que manifieste esa promesa?...

PETRONA Ninguna, doctor... Bien se cuidó de ello el muy... sinvergüenza...

DR. BEN. ¿Y cuánto tiempo hace que su hija se convenció de... de la perfidia del caballero?...

PETRONA Desde que las cosas no tuvieron remedio ya, doctor... como sucede siempre... Primero le prometió que iría a casa a hablar conmigo... luego, y después de mil embustes, que se casaría pronto... más tarde que esperaba solucionar un negocio... y así, hasta que el mal cobraba formas y la vergüenza y la desesperación se iban apoderando de la muchacha... Hasta que lo supe yo... Entonces, el muy canalla propuso una solución...

DR. BEN. ¿El concubinato?...

PETRONA No... no señor... el crimen, la canallada suprema, que mi hija rechazó indignada... Las cosas no podían continuar así, y resolví intervenir yo... Inútilmente... Hasta ahora no he podido encontrarme con él... La muchacha tuvo que abandonar el empleo y cuantas veces fuí en su busca al negocio se me dijo que estaba de viaje... y se me negó el domicilio... Pero yo sé, me consta que está en Buenos Aires... ¿Qué dice usted doctor?... ¿Se podrá exigirle judicialmente que cumpla su promesa?... ¿Que repare el mal hecho a esa infeliz?...

DR. BEN. Señora... Francamente, el caso, no obstante su vulgaridad, es demasiado escabroso para darle una respuesta categórica. Estos asuntos regularmente escapan a las sanciones del Código... Todos los días, y por centenares, los abogados tendríamos asuntos de esta naturaleza, que, por otra parte, no tienen más que dos soluciones, las dos indignas de ser aconsejadas: o la mancebía o el crimen, como usted dice, salvo el caso de resignarse a las consecuencias naturales, que es la solución corriente y fatal.

MARÍA ¿Pero no se le puede obligar a casarse, señor?... ¿A cumplir su palabra?...

DR. BEN. La palabra se la lleva el viento, señora, como se dice... Por otra parte, la promesa no es más que verbal, según lo expresa la señora... Y con negar... todo está resuelto. ¿Qué edad tiene su hija?...

PETRONA 21 años... señor...

DR. BEN. Hasta eso la pierde... No es una niña. Ha habido concurrencia de voluntad, desde que ella sostenía amores con el sujeto... Por lo demás, nuestra legislación no prevee, como en algunas otras, el caso de la promesa de matrimonio; y finalmente, ni siquiera se le puede demandar por filiación natural, o sea reconocimiento del hijo... porque no hay pruebas... Quien niega su promesa de matrimonio con mayor razón negará su paternidad... De modo...

PETRONA De modo que es caso perdido... Doctor... Que no hay más remedio que eso... que eso que usted ha dicho... Y que los hombres puedan seguir engañando mujeres y llenando el mundo de espúreos y de desgraciados, impunemente, sin que la ley, ni la moral, ni nada les castigue o los condene...

DR. BEN. Fatalmente: así es, señora... Pero no hay que desesperar. Todavía puede hallarse remedio... Mi socio, puede que tenga alguna idea salvadora... Además, nada se pierde con intentar algo, escribirle siquiera. Tenga paciencia.

PETRONA ¡Oh! señor... Demasiado francamente me ha hablado usted para abrigar esperanza alguna todavía... Ya me lo presumía... Ella, ella solo tiene la culpa... y la pagaremos...

DR. BEN. Qué remedio, señora... La mujer está sola frente a la sociedad... Y más de uno, y de ciento son los problemas a resolverse en esta situación desventajosa de la mujer en la vida... Llena de deberes y falta de derechos... Víctima de todos los prejuicios e inhabilitada para toda libertad...

MARÍA ¡Oh! En mis tiempos...

DR. BEN. En sus tiempos, señora, debía suceder lo mismo o peor... Porque no en balde se progresa algo... Diga usted que quizás, entonces, era otra la moral de los hombres y otra muy distinta la libertad de las mujeres... Pero su situación es la misma... Hoy es necesario educar a la mujer antes de lanzarla a la vida, y ya que no se pueden crear leyes que la amparen y la defiendan, ni impedir que hàya morales estrechas y conciencias criminales...

PETRONA (*Casi con desesperación.*) ¿Pero, y el niño, doctor?... ¿Y esa criatura infeliz?... ¿Qué será de ella?... Cómo puede nacer, vivir, crecer, así, señor...

DR. BEN. Ahí, señora, ahí está el mal... Ese es, precisamente, el mayor y más grave de los problemas a resolver con el de la situación de la «mujer sola». Como usted misma dice, el mundo está lleno de espúreos y de bastardos... Y eso no impide que la caravana de los desgraciados aumente cada día sin que lo eviten ni los hombres, ni las leyes, ni las religiones, ni las morales en boga... El amor, contra todos los optimismos sentimentales, es un deseo y su peor consecuencia, su satisfacción... Sería el caso de legislar el amor... y como usted comprenderá, eso no se legisla...

PETRONA ¡Desgraciada!... Cuántas veces le he dado mis consejos... Inútilmente... (*Aparecen por foro Julián,*

el Padre Alberto y Picapleitos.)

DR. BEN. Bien, señora... No hay que desesperar todavía... Ahí está mi socio... Es posible que él encuentre remedio fácil a todo esto...

MARÍA Dios lo quiera, doctor...

ESCENA IV

DICHOS. JULIÁN. PADRE ALBERTO. PICAPLEITOS

JULIÁN (*Entra acompañado del Padre Alberto y de Picapleitos. El Padre Alberto es un sacerdote de edad avanzada ya, tío de Julián. Julián el tipo del abogado joven, distinguido, elegante y simpático.*) (*Saludando.*) Buenas tardes.

MAR. y PETR. (*Que se habrán puesto de pie.*) (*Humildemente.*) Buenas tardes...

DR. BEN. (*Al Padre Alberto.*) Buenas tardes, padre... ¿Cómo está usted?... (*Dándole la mano.*) ¿Qué de bueno le trae por acá?

JULIÁN A visitarnos...

P. ALB. No a visitarlos... A sermonearlos... En seis meses ni una letra que me diga algo de ustedes... Haraganes...

DR. BEN. Por mí no puede ir eso, padre... Yo le he pedido a su sobrino, día por día, le enviara mis recuerdos... Pero por lo visto...

P. ALB. El segundo no mentir... Ya lo saben ustedes...

DR. BEN. ¿No mentir o no jurar su santo nombre en vano? ¿Cómo es la cosa?

P. ALB. Es lo mismo. La mentira es una ofensa directa a Dios... Y en este caso también al padre Alberto...

JULIÁN ¡Qué tío... Pero pase, padre... Mi despac ho es éste. (*Indicando la puerta de la derecha.*)

P. ALB. Pasaremos... Pero ya sabes que debo ir al Metropolitano antes de las 6... (*Se dispone a pasar.*)

DR. BEN. (*Al P. Alberto.*) Con permiso, padre... Julián: la

señora es la mamá de Agar que viene por el asunto de esa señorita de que te habló...

JULIÁN ¡Ah! Tanto gusto, señora.

MARÍA Mi amiga, la señora Petrona...

JULINÁ (*Saludando.*) Servidor, señora... ¿Usted es la madre de la joven?...

PETRONA Sí, doctor... Pero si está usted ocupado...

P. ALB. De ninguna manera, señoras... Mi visita no tiene nada de apremiante... Pueden, por mí, conversar no más... Yo tengo tiempo...

DR. BEN. Yo ya he hablado al respecto con las señoras, y les he dado mi opinión... pero puedes oirlas, y veremos... Tú tal vez encuentres alguna solución.

JULIÁN No estará nunca demás, a pesar que lo que diga mi socio, tiene que ser también mi criterio...

PETRONA Entonces, señor...

DR. BEN. Vamos, señora... He dicho a usted que no hay que desesperar... Mi juicio no ha sido más que un modo de ver las cosas... Escúchalas... Yo me quedaré aquí con el Padre Alberto...

JULIÁN Bien... Tengan la bondad de pasar...

PETRONA Como guste doctor. (*Siguiendo a Julián.*) Con permiso, señores...

JULIÁN (*Al P. Alberto.*) Un momento tío...

P. ALB. Atiende, atiende muchacho... (*Vanse Julián, Petrona y María por derecha.*)

ESCENA V

AGAR. P. ALBERTO. DR. BENÍTEZ. PICAPLEITOS

(*Agar se habrá puesto a escribir a máquina continuando su trabajo, consultando algo con Picapleitos que estará a su lado.*)

DR. BEN. Pero tome asiento, padre... Cuéntenos algo de su vida... ¿Cómo va aquello?

P. ALB. Lo mismo que siempre... Doctor... Usted sabe lo que es esa vida de provincias... Bien se pueden pa-

sar años sin encontrar novedad alguna digna de ser referida... Al fin concluye uno por aburrirse de tanta monotonía y se larga a marearse un poco en este maremagnum de la gran ciudad...

PICAPL. ¿Con que también a usted le gusta echar su cana al aire, padre?...

P. ALB. Según y conforme se echen esas canas... ¿Por que por lo visto, hay bastantes medios depilatorios en ese sentido, no?...

PICAPL. No se ofenda padre... Tratándose de un sacerdote como usted, inútil es agregar que debe ser a la eclesiástica....

P. ALB. ¡Vamos!... De esa manera acepto la figura... Todavía no hemos llegado a un olor de santidad tal que nos momifiquemos en provincias...

DR. BEN. Esa es la verdad... Y usted no está tan viejo todavía como para renunciar a ciertas satisfacciones de la vida... ¿Y por mucho tiempo padre?...

P. ALB. Si es posible, definitivamente...

DR. BEN. ¡Vamos!... Tanto gusto... Ahora no nos podrá reprochar usted nuestra haraganería... Ya le veremos más a menudo.

PICAPL. Y nos confesaremos también...

P. ALB. ¿Confesar a usted?... Dios nos libre... ¡Confesar a un procurador!...

PICAPL. ¿Por qué?... ¿Un procurador no tiene perdón de Dios?...

P. ALB. No lo digo, por eso... El perdón de Dios es infinito... ¿Pero qué mortal habrá capaz de creer a un procurador, Señor de los Milagros?... ¿Y con qué objeto se confesará un procurador, si no in artículo mortis?...

PICAPL. In artículus matrimoniales, pues, padre... Porque sabrá usted que me caso...

P. ALB. ¿Usted?... ¿Casarse?... ¿Y contra quién, señor?...

PICAPL. Contra esta preciosura, Padre, que es como tomar la primera comunión...

P. ALB. ¿Pero es verdad eso?...

DR. BEN. No le haga caso, padre... Son locuras de este botarate...

PICAPL. Locura sí... Porque el matrimonio no es más que un disparate... Pero es la verdad... Y si no pregúnteselo usted mismo padre...

P. ALB. ¿Pero es verdad, tanta tristeza?... ¿Qué dice usted a ésto, señorita?...

AGAR (*Sonriente.*) Así lo dice él, padre... Pero como usted lo ha dicho, el señor es procurador...

P. ALB. (*Riendo.*) ¡Vamos!... Debí haberlo advertido... Cosas de leguleyo... Mentira pura...

PICAPL. Me ha reventado la señorita Agar... Y yo que esperaba confesarme por ese medio...

P. ALB. ¿Agar ha dicho usted?...

PICAPL. Sí, Agar. ¿Verdad que es un bonito nombre, padre?... ¿Parece nombre italiano, no?...

P. ALB. No, ¡qué italiano!... Egipcio... Y de muy alta significación bíblica... Seré curioso. ¿Sus padres son judíos, señorita?

AGAR No, padre... Mi abuelo era eslavo... Y sin duda él aconsejó que se me pusiera ese nombre... Porque él fué mi padrino...

P. ALB. ¿Y sabe usted a quién corresponde el nombre que lleva?...

AGAR No, padre... Nunca lo he podido saber... Ni lo que significa tampoco.

P. ALB. Pues se lo referiré a usted... Siempre es interesante conocer el origen o la etimología del nombre que se lleva...

AGAR Se lo agradeceré, padre...

PICAPL. Vamos a ver... Yo soy loco por todos esos cuentos árabes...

P. ALB. No diga usted disparates, hombre... Pues Agar, fué una esclava egipcia del patriarca bíblico Abraham, fundador del pueblo elegido del Señor... Como Abraham no tuviera sucesión legítima con su mujer Sa-

rah, el Señor, permitió a Abraham haberla con Agar...

PICAPL. ¿Qué bolada no?...

P. ALB. Vamos, señor... Un poquito de respeto...

PICAPL. No, padre... Si fué un breve comentario, no más...

DR. BEN. Bien... Deja los comentarios...

P. ALB. De esta misión ilegítima de amo y criada, autorizada por Jehová, nació un hijo, Ismael, que quiere decir: Concedido por Dios.

PICAPL. Hombre, ¿qué raro, no?... Yo tengo un amigo procurador que se llama Ismael también... Y el loco ese en lugar de ser una concesión de Dios es un verdadero presente griego...

DR. BEN. Continúe, padre...

P. ALB. Y bien: Como Agar, enorgullecida por esta gracia se rebelara contra su propia ama, Abraham se vió oblido a expulsarla de su casa, bajo la promesa del Señor de obtener sucesión con Sarah. Agar huyó al desierto, pero, cuando, ábrumada por el dolor y el cansancio se disponía a morir de abandono y de sed, un ángel del Señor, apareciéndose, le dijo estas palabras, más o menos:

«Vuélvete a tu señora y pónte sumisa bajo su mano. Tendrás un hijo que se llamará Ismael, y será hombre fiero. Su mano estará contra todos y las manos de todos contra él. Pero él, habitará delante de sus hermanos.»

Con lo que, sin duda, quiso decir el Angel que los hijos, sean de quien sean, obra son del Señor... Y merecen la protección de sus padres y la consideración de sus hermanos...

DR. BEN. Hermoso símbolo...

PICAPL. ¡Eh doctor!... Qué alegato para el asunto ese del Italiano que tiene como veinte y cinco Ismaeles.

P. ALB. No lo tome usted a broma... ¡Irreverente!... Bien puede servir de modelo a los códigos de ahora, lo que es la ley de las leyes...

PICAPL. No... si precisamente es lo que sostengo...

DR. BEN. En efecto... Bien se puede poner como modelo ese caso a nuestra legislación civil padre, que desconoce a los hijos adulterinos hasta el derecho de averiguar quiénes son sus padres...

P. ALB. Una aberración en este siglo de igualdades y derechos...

PICAPL. Y sobre todo cuando hay una «punta» de millones de herencia, como en el asunto ese del italiano, en el de Iturraspe, en el de Garrigós y en el de tantos otros...

P. ALB. Siempre ha de salir usted con su maldito afán de leguleyo... ¡Por algo le llaman a usted «Picapleitos»...

PICAPL. Y qué quiere, padre. Debe ser ese también un nombre bíblico..

P. ALB. ¡Puaf!... Qué hombre señor... (*A Agar.*) Pues ya lo sabe usted señorita... Tiene usted, a parte de un bello nombre, un nombre bíblico de hermosa y humana significación...

AGAR. Tantas gracias, padre...

PICAPL. Pero, Dios quiera, que no le suceda a usted lo que a su homónima... ¡Porque hoy está frita!... (*Benítez ríe.*)

P. ALB. ¡Pero hombre de Dios!... Se va usted a callar la boca, ¡sacrílego!...

PICAPL. Pero, padre... Si es una observación simplemente juiciosa... aunque no tenga nada de bíblica...

P. ALB. Bueno, bueno, bueno... Basta, por Dios. No se le puede oir a usted... Ahí sale Julián... Afortunadamente...

DR. BEN. ¡Qué padre Alberto...

PICAPL. (*A Agar.*) Está visto. Estos curas todo lo toman por el lado apostólico. Miren que venirle a usted con esa macana...

AGAR Cállese, pues... (*Aparece por derecha Julián, María y Petrona.*)

ESCENA VI

AGAR, P. ALBERTO, DR. BENÍTEZ, PICAPLEITOS, JULIÁN, MARÍA y PETRONA

P. ALB. ¿Terminada la consulta?

JULIÁN Ya. ¿Y ustedes?... Han charlado mucho?

PICAPL. Algo. El padre nos estuvo leyendo la biblia todo este tiempo...

P. ALB. Y usted comentándola con sus malos chistes...

MARÍA (*Que con Petrona formarán un grupo a la izquierda.*) Pregúntale tú luego su opinión al doctor... Yo temo que no nos hable con franqueza...

AGAR Pierda cuidado, mamá...

DR. BEN. (*A Juliana.*) ¿Te enteraste bien del asunto?...

JULIÁN Sí... Y opino como tú, pero creo que puede hacerse algo todavía... Ahora le enviaré una tarjetita al caballero ése, dándole una cita, aquí, sin explicarle el motivo. Si acude, trataremos de convencerlo...

DR. BEN. Es lo más práctico, por el momento...

JULIÁN Y lo previo, señora... Créame...

PETRONA Dios lo oiga, doctor... Y ya lo sabe: estamos a sus órdenes. (*Se despide de ambas.*) Yo le comunicaré con la señorita (*Por Agar.*) cualquier novedad.

PETRONA Muchas gracias... Adiós, doctor. (*A Benítez.*) Adiós señor padre... (*Simples saludos de cabeza.*)

AGAR (*Disponiéndose a acompañar a María y Petrona.*) Con permiso, doctor...

JULIÁN Vaya usted no más, señorita... Acompáñelas... (*Vanse por foro María, Petrona y Agar.*)

ESCENA VII

JULIÁN, DR. BENÍTEZ, PADRE ALBERTO, PICAPLEITOS

PICAPL. ¡Algún nuevo asuntito, doctor!

JULIÁN Sí, pero gratuito... En este no hay honorarios...

P. ALB. Usted no puede negar su apodo, amigo... En todo ha de oler el pleito, la cuestión...

PICAPL. No, padre: los pesos... O usted cree que su sobrino es abogado y yo procurador nada más que para sembrar la paz en el mundo... Antes hay que sembrar el estómago, padre... ¡Que es más o menos lo que hace todo el mundo!

P. ALB. Pero hombre de Dios... ¿No sabe usted que no solo de pan vive el hombre?...

PICAPL. Ya lo sé... Desgraciadamente también vive de puchero y de otras yerbas, que es precisamente lo caro...

P. ALB. Vaya hombre... Está usted hoy imposible... como siempre...

DR. BEN. Bien: que haya paz... (*A Julián.*) ¿Y qué opinas tú del asunto?...

PICAPL. ¿Pero de qué se trata, en resumen?

JULIÁN Nada... Un caso como hay tantos. De que esa señora, amiga de la madre de Agar, tiene una hija a quien ha engañado un galanteador. Y como es lógico, la madre y la hija pretenden obligarlo a reparar la falta!...

PICAPL. ¡Bah!... El cuento de todos los días...

P. ALB. La obra del descreimiento y la inmoral del siglo, diga usted...

PICAPL. Pero si esto ha sucedido en todas las épocas... Usted mismo lo acaba de probar con el cuento ese de la Biblia...

P. ALB. Pero aquello era la obra del Señor... y éste es la del vicio, la de la concupiscencia...

PICAPL. Pero el fruto es el mismo: un Ismael...

DR. BEN. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... Bueno... bueno... No se van ustedes a entender...

P. ALB. Claro está... Si este hombre es un ogro... un hereje... Y para evitar más discusiones me voy... ¿Qué hora tienes?...

JULIÁN (*Consultando el reloj.*) Las 6 menos cuarto.

P. ALB. ¡Caramba!... ¡Caramba!... Se me pasa la hora... ¿Me acompañas?...

JULIÁN Debo todavía enviar esa carta y terminar un escrito para presentarlo mañana a primera hora...

P. ALB. No hay más que hablar, entonces... Me iré solo... Antes está la obligación, dicen. Quédate con Dios.

DR. BEN. Le acompañaré yo, padre.

P. ALB. ¿Va usted para el lado del Cabildo?

DR. BEN. Sí: hasta Plaza de Mayo.

P. ALB. Iremos juntos, entonces.

PICAPL. ¿No puedo plegarme yo también?...

P. ALB. Con la condición de no discutir.

PICAPL. Aceptado...

P. ALB. Andando entonces... Que me queda muy poco tiempo... Hasta luego, Julián.

JULIÁN Hasta luego, tío... Y ya sabe usted. Lo espero a cenar...

P. ALB. No faltaré.

DR. BEN. Hasta mañana...

PICAPL. ¿Me necesita para algo, doctor?...

JULIÁN No; vaya no más...

PICAPL. Buenas noches, entonces...

JULIÁN Divertirse. (*Mutis por foro P. Alberto, Dr. Benítez y Picapleitos. Al salir se les verá encontrarse en el departamento del fondo con Agar que entra. Un brevísimo diálogo mudo. Julián entrará por la puerta de derecha a lo que se supone su despacho para salir después, cuando se indique.*)

ESCENA VIII Y FINAL

AGAR. Luego JULIÁN

(*Entra Agar y se sienta frente a su máquina, continuando con el trabajo anterior. Una breve pausa y sale de su oficina Julián, con una hoja de papel y un sobre. A todo esto habrá oscurecido, viéndose a través del ventanal del foro las luces encen-*

didas de los edificios del frente. Agar encenderá la lámpara eléctrica que pende sobre su máquina.)

JULIÁN (*Se detiene un momento frente a Agar, contemplándola con emoción y deseo.*) ¿Qué está copiando, señorita?...

AGAR ¡Ah!... Doctor... No le había visto... El escrito del doctor Benítez en la causa esa de Fermín Pérez...

JULIÁN ¿Es muy apurado?...

AGAR No, doctor... Hay tiempo...

JULIÁN Bien: vamos a hacer entonces esa cartita para... para el novio de su amiga...

AGAR Como guste, doctor... (*Saca la hoja de papel de la máquina y coloca la que le tiende Julián.*)

JULIÁN ¿Conoce usted el nombre de ese caballero?...

AGAR Sí, doctor...

JULIÁN (*Mientras se sienta junto a Agar, a su izquierda.*) Escriba entonces. Julián Ortiz, saluda atentamente al señor Antonio Campos y le ruega, tenga a bien... concederle una entrevista... en su oficina... el día que crea conveniente... entre las 2 y las 5 de la tarde... Tratáse de un asunto... que le interesa vivamente... Su ato. y seguro servidor... (*Agar saca el papel.*) El sobre ahora... (*Mientras Agar escribe el sobre.*) De esta manera acudirá a la entrevista y trataremos de convencerlo... Hay que evitar por ahora toda violencia...

AGAR Así es, señor...

JULIÁN Salvo que sea un mal educado y no asista. ¿Usted le conoce personalmente?...

AGAR Sí, doctor... De vista.

JULIÁN ¿Es joven?...

AGAR Sí... Tendrá 30 años...

JULIÁN Buen mozo...

AGAR (*Sonriente.*) Sí... no es feo...

JULIÁN Su amiga le quería mucho, ¿eh?...

AGAR Al parecer, doctor...

JULIÁN ¿Y cómo llegaron a extremar esas relaciones?...

AGAR Según lo que ella me ha referido, en el trabajo...

JULIÁN ¿Estaban juntos?...

AGAR Sí: ella era cajera y él encargado de la contabilidad de la casa... Al cerrar el establecimiento él controlaba las entradas del día y recibía el dinero de manos de ella. Con ese motivo... parece... quedaban solos algunos minutos... en la casa...

JULIÁN Como nosotros ahora...

AGAR (*Con rubor.*) Tal vez...

JULIÁN Y como cuando se tiene juventud y belleza, y sangre en las venas, la soledad y el silencio son propicios al amor y al placer, se entendieron y se amaron... ¿verdad?... Primero una mirada sorprendida subrepticiamente, luego, el suave roce de las manos, encargadas de hacer la misma obra, después la proximidad mareante y enloquecedora de las cabezas, la confusión de los alientos, el abrazo que no se puede dominar.. el beso ardiente, apasionado que une dos bocas y sella dos amores y confunde dos almas... Así... Así... (*Mientras ha ido hablando Julián, Agar, presa de la emoción irá sintiéndose poseída por el dominio espiritual del varón que secretamente respeta y ama, Julián, por su parte, haciendo gráficas sus frases, irá marcándolas con el ademán, hasta arrimar su boca a la de Agar, al terminar la última palabra. Un beso largo y hondo. Agar como despertada de un éxtasis, se levantará entre sorprendida y confusa y una sola palabra brotará de sus labios.*)

AGAR ¡Julián!!...

JULIÁN ¡Agar!!...

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA I

AGAR, UN CLIENTE. Luego, PICAPLEITOS y CLIENTE 2º

(*Al levantarse el telón aparecerá Agar, como en el acto 1º, escribiendo en su máquina. En una de las sillas del foro estará sentado el cliente 1º. — Breve pausa. A los 4 ó 5 segundos de haberse levantado la cortina hablará el cliente 1º*).

CLIENTE 1º ¿Estará muy ocupado el doctor, señorita?... tonces, porque se me hace tarde...

AGAR No, señor... Está atendiendo una consulta. No tardará en desocuparse...

CLIENTE 1º (*Consulta el reloj.*) Voy a esperarlo otro momento, en-

AGAR Como guste, señor... El cliente que está con el doctor hace ya más de un cuarto de hora que entró... Por eso creo que ya no demorará en atenderlo a usted.

CLIENTE 1º Tantas gracias...

AGAR De nada, señor. (*Breve pausa. Agar sigue escribiendo. Aparece, a los pocos segundos por foro, Picapleitos seguido del Cliente 2º. — Este es un hombre del pueblo, obrero, como de 50 años. Picapleitos le habla con énfasis, y casi con protección.*)

ESCENA II

AGAR, PICAPLEITOS, CLIENTES 1º y 2º

PICAPL. (*Entrando.*) Buenas tardes, señorita...

AGAR Buenas tardes.

PICAPL. Pase don Juan... (*A Agar.*) ¿Está el doctor Benítez?

AGAR Sí, pero está ocupado.

PICAPL. ¿Con quién?

AGAR No le conozco. Parece un cliente nuevo.

PICAPL. Bien: lo esperaremos. (*A Cliente 2º*). Siéntese don Juan... Es cosa de un momento... (*A Agar.*) ¿Está usted copiando ese escrito, señorita?

AGAR Sí; señor...

PICAPL. (*A Cliente 2º*). ¿No ve, don Juan? Ya está poniendo en limpio el escrito... En cuanto termine lo hacemos firmar y lo llevamos. Ya verá usted... (*Con cierto misterio.*) El doctor es un abogado así (*ademán*) en cuestiones criminales... El otro (*por Julián*) es para asuntos civiles, pero éste le da 31 y bola vista al más pintao en criminología... (*Por la puerta de izquierda aparece el doctor Benítez acompañado de Cliente 3º*).

ESCENA III

AGAR, PICAPLEITOS, DR. BENÍTEZ, CLIENTES 1º, 2º y 3º

PICAPL. Ahí está el doctor... Buenas tardes, doctor.

DR. BEN. Buenas... (*Al Cliente 3º*). Bien, mi amigo; mañana a más tardar serán presentados los testigos... (*Le da la mano.*)

CLIENTE 3º (*Saludando.*) Tantas gracias... Hasta mañana, doctor... (*Mutis por foro.*)

DR. BEN. (*A Cliente 1º*). Cómo le va, señor... (*Saluda.*) En este momento me entregan el expediente... Ni lo he tocado siquiera...

CLIENTE 1º ¿Cuándo debo venir entonces, doctor?...

DR. BEN. Véngase... Mire: dese una vuelta el lunes por aquí... Ya habré tenido tiempo de enterarme del estado del asunto... y le contestaré categóricamente...

CLIENTE 1º ¿No habrá impedimento alguno para que usted se haga cargo de la defensa, no?...

DR. BEN. Según lo que usted me refiere, creo que no... De cualquier manera, pásese por acá el lunes...

CLIENTE 1º Muy bien, doctor... Buenas tardes... (*Saluda.*)

DR. BEN. (*Idem.*) A sus órdenes... (*Vase el Cliente 1º por foro.*)

ESCENA IV

AGAR, DR. BENÍTEZ, PICAPLEITOS, CLIENTE 2º

DR. BEN. (*A Cliente 2º*). ¿Cómo está, don Juan?... ¿Cómo va ese ánimo?... (*Dándole la mano.*)

CLIENTE 2º Eh... Un poco mejor... Señor...

PICAPL. Ya está más tranquilo... Empieza a tener fe el hombre... Ya le he dicho que hoy presentaremos el escrito pidiendo una nueva inspección médica...

DR. BEN. Sí... es cuestión de unos minutos: lo están copiando...

CLIENTE 2º Pero... ¿Usted cree doctor, que puede defenderse a mi hija por ese lado?...

DR. BEN. Ya le he dicho que sí, mi amigo... Es la única puerta que nos ofrece el asunto. Su hija ha estrangulado a la criatura, pocas horas después de haberla dado a luz. Estaba, pues, todavía dominada por la fiebre de la maternidad... Su acto es casi irresponsable...

CLIENTE 2º Sí, doctor, pero... yo quisiera que se dijera la verdad, no más, la pura verdad... La infamia de aquel hombre que la había engañado... la vergüenza y la deshonra de la muchacha... la miseria a que había sido reducida por el canalla. ¿Qué iba a hacer la muchacha?...

DR. BEN. Sí... todo eso parecerá muy lógico a usted y a ella... Pero ahí está el error: el crimen no se justifica por sus causas... y menos ante la ley... El código, que no tiene previsto la infamia del seductor, ni la ignorancia de la seducida, condena en cambio severamente el crimen... Y el crimen de su hija es monstruoso para la ley y para la sociedad...

CLIENTE 2º ¡Ah, sí! Pero la ley no ampara ni defiende a la mujer ignorante y sola, ni la sociedad la protege o la tolera cuando ha pecado... Mi hija hizo todo lo posible por obligarlo a casarse, o a reconocer su hijo... y yo, su padre, todo lo posible porque su pecado y su vergüenza quedaran ocultos, o al menos, libres del desprecio y del boycott de los demás... Pero inútil... Usted ve ahora las consecuencias...

DR. BEN. Entendido, don Juan... Yo, quizás más que usted, comprenda todo el dolor y todo lo terrible de la situación de su hija; pero, qué quiere: ante los jueces no valen esas argumentaciones... Resígnese, pues, a que la defensa, aun contrariando la verdad, se valga de lo que nosotros llamamos recursos de chicana, para conseguir la justicia de su absolución...

CLIENTE 2º Pero, el caso de mi hija no será el primer caso que deban estudiar los jueces...

DR. BEN. ¡No, qué ha de ser! Ni el último... La crónica policial está llena todos los días de noticias de infanticidios... Y en las plazas y en los zaguanes aparecen todas las mañanas nuevas vidas ahogadas al nacer. Es la historia vulgar de la humanidad. Si usted va a hacer una estadística de todas esas madres desnaturalizadas, todas, o la inmensa mayoría, son como su hija de usted, modestas obrerillas, o ignorantes sirvientas, víctimas del capricho y de la infamia de los seductores profesionales, patrones, capataces y jefes... Por ello mismo, ante la invalidez de la ignorancia para la ley, el código debe ser tanto

más severo cuanto mayor es la vulgaridad y la frecuencia del delito...

CLIENTE 2º Entonces la ley está hecha solo para los infelices, para las mujeres... El hombre se escapa de la ley... ¡Maldita ley!

DR. BEN. No se exaspere, don Juan... Que nada se consigue con ello... Así está el mundo... Y qué dirá usted de los miles de otras mujeres, de otras infelices como usted dice, que, antes de ocurrir al crimen, han de exponer su propia vida para evitar la deshonra, o han de cargar para siempre con el fruto de sus entrañas, como un estigma y como una infamia...

CLIENTE 2º Ese es el único camino que quedaba a mi hija...

DR. BEN. Sí... antes que llegar al crimen, sí... Pero ya no tiene remedio. El mal está hecho, y antes que el mal el pecado... Una u otra la consecuencia debe ser pagada, de acuerdo con la ignorancia del que lo comete...

AGAR Ya está, doctor, el escrito...

DR. BEN. Bien... Pase, don Juan... y tenga paciencia: algo conseguiremos... Venga: le voy a leer el escrito y lo firmaré, para que lo lleve. (*Toma el escrito que le da Agar y vase por izquierda, seguido de Cliente 2º y de Picapleitos.*)

PICAPL. Pase, pase don Juan...

CLIENTE 2º Gracias. (*Vanse por izquierda.*)

ESCENA V

AGAR. Luego PETRONA y MARGARITA

(*Agar permanece un momento sola escribiendo.*)

PETRONA (*Apareciendo en la puerta del foro, seguida de Margarita, joven de 21 años.*) Buenas tarde, Agar...

AGAR (*Poniéndose de pie.*) ¡Margarita!... ¡Doña Petrona!... ¿Cómo están?... (*Corre hácia ellas y las saluda besándolas en las mejillas.*) ¿Qué les trae de bueno por aquí?... ¡Tanto tiempo!...

PETRONA	He querido que viniera ésta a agradecer al doctor todo lo que ha hecho por ella, aunque nada se haya conseguido... Se ha portado tan bien el doctor...

MARGARITA	Yo no quería venir... pero a mamá se le ha puesto...

AGAR	¡Bah!... Y qué tiene, tonta...

PETRONA	¡Claro!... Además el doctor lo sabe todo, como lo saben otros que no debieran saberlo... No sé qué ibas a remediar ahora con tanto escrúpulo... Eso lo debieras haber tenido antes...

MARGARITA	¿Ya va a empezar mamá?...

AGAR	Beuno, bueno... Que no haya discusiones... ¿Ya está todo arreglado?... (*Ambas mujeres bajan con vergüenza la cabeza.*)

PETRONA	¡Todo!! (*Apenas.*)

AGAR	(*Comprendiendo.*) Y... ¿del señor ése?... ¿Lo han visto?...

PETRONA	Yo no... Déspués de la entrevista aquella con el doctor no le he visto más... ni quiero verlo... ¿Sabrás lo que resultó?...

AGAR	Sí; que era casado...

MARGARITA	Mamá... podríamos dejar un poco ese tema... Si yo sé que venimos a ésto, no vengo...

AGAR	No te enojes... Tienes razón... ¿Trabajas?...

MARGARITA	Sí; mañana me voy de institutriz a una casa de campo...

AGAR	Pobrecita Margot... ¿Por mucho tiempo?...

PETRONA	Todo el que se pueda... Hay que cambiar de... aire... Aquí ya no nos queda nada que hacer...

AGAR	¡Por qué!... Todavía...

MARGARITA	Vamos a volver a las mismas...

AGAR	Bueno... bueno... Pero siéntese... el doctor no ha venido todavía... Debe estar en los tribunales...

MARGARITA	Entonces es mejor que nos vayamos, mamá... Quién sabe a qué horas llegará...

AGAR	Pero está el socio que es lo mismo para tu objeto... Con que hablen con él...

PETRONA	Sí, es por cumplir no más...

AGAR — Entonces, espérenlo un rato: ya se va a desocupar... (*Ambas mujeres se sientan.*) (*A Margarita.*) ¿Y cómo es eso, tanto tiempo perdida?...

MARGARITA — Estuvimos en el campo... ¿No te lo dijeron?...

AGAR — Sí... mamá, creo que me lo dijo.

PETRONA — Yo se lo advertí... Ya lo sabes: en estos casos, mejor dicho, en el caso de Margot, solo queda un recurso... el campo... salvo que se prefiera la cárcel...

MARGARITA — ¡Pero, mamá!... ¿Y el doctor?... ¿Siempre te distingue?

AGAR — Siempre... ¡Es tan caballero... y tan bueno!...

MARGARITA — ¿Siempre tan buen mozo?...

AGAR — (*Ruborosa.*) Sí, como siempre...

MARGARITA — (*Con intención.*) Hay que tener cuidado con estos buenos mozos... A lo mejor resultan casados...

AGAR — Bah... Por mí... aunque fuera bigamo... No sé por qué lo dices...

MARGARITA — Por nada... Es una broma, tonta... Y lo tomas a serio...

PETRONA — Esta siempre con sus cosas...

MARGARITA — Pero si es una broma, mamá... No le digo... ¡Usted también!... No he tenido intención de ofenderla a Agar... Y además que no tendría nada de extraño... No sería la primera...

AGAR — Claro está... bah...

MARGARITA — ¿Me perdonas?...

AGAR — No faltaría más... ¿Acaso me he dado por aludida?... (*Aparece por izquierda el doctor Benítez, Picapleitos y Cliente 2º*).

ESCENA VI

AGAR, PETRONA, MARGARITA, DR. BENÍTEZ, PICAPLEITOS, CLIENTE 2º

AGAR — ¡El doctor!... (*Las tres mujeres se ponen de pie.*)

DR. BEN. — Bueno, don Juan... Aquí el amigo le acompañará... Y tenga paciencia... Ya se arreglará todo...

CLIENTE 2º Tantas gracias, doctor... Hasta mañana, entonces... (*Dándole la mano.*)

DR. BEN. Que le vaya bien...

PICAPL. Hasta luego, doctor. (*Mutis. Cliente 2º y Picapleitos por foro.*)

ESCENA VII

AGAR, PETRONA, MARGARITA, DR. BENÍTEZ

DR. BEN. ¿Cómo está usted, señora?... (*Saludándola.*)

PETRONA Muy bien, doctor... (*Presentándola.*) Mi hija Margarita...

DR. BEN. ¡Ah!... La señorita... del asunto... Tanto gusto. (*Margarita baja avergonzada la cabeza.*) ¿Se ha solucionado todo ya?...

PETRONA Sí... doctor... Desgraciadamente... Veníamos a agradecerles a ustedes todos los buenos servicios prestados...

DR. BEN. ¡Bah! señora... Nada tiene que agradecernos, desde que nada hemos hecho...

PETRONA Demasiado, doctor...

DR. BEN. Mi deseo, como el de Julián, hubiera sido servir a usted y a la joven en la forma más eficaz... pero... ya lo vió usted... hay cosas imposibles aún para la mejor buena voluntad...

PETRONA Así es... De cualquier manera nosotras le debemos a usted y a su socio esta gratitud... Y venimos a expresársela en la única forma que podemos...

DR. BEN. Y yo lo agradezco, señora... Por lo demás aquí estamos a sus órdenes...

PETRONA Gracias, doctor... Usted se servirá presentar nuestros saludos a su socio...

DR. BEN. De mil amores, señora...

PETRONA Bien, doctor... Adiós, y ya lo sabe usted: seremos siempre sus agradecidas...

DR. BEN. Adiós, señora... Adiós, señorita... Que sea usted feliz... (*Le dan la mano.*)

PETRONA (*Besándose con Agar.*) Adiós, mi hija... Y muchas gracias por tu intervención...

AGAR ¡Bah!... ¡De qué doña Petrona. (*Se besan.*)

MARGARITA (*Llorando y besándose con Agar.*) Adiós, Agar... Hasta la vista... (*Salen Petrona y Magarita por foro tristemente. Agar queda en escena secándose una lágrima.*)

ESCENA VIII

AGAR, DR. BENÍTEZ

DR. BEN. (*Una vez que han salido Petrona y Margarita.*) Pobre muchacha... ¡La eterna historia!... Las eternas víctimas, las sempiternas engañadas... No habría novelas ni dramas en el mundo sin estas infelices... ¿Y qué hace ahora su amiga?...

AGAR Se va mañana al campo, doctor... De institutriz...

DR. BEN. ¿Y el tipo ese?... ¿Continúa manteniendo relaciones con él?...

AGAR Yo no se lo he preguntado, doctor, por no molestarla...

DR. BEN. Naturalmente... Y ha hecho bien: demasiado castigo ha sufrido la infeliz con el desengaño... ¿No sabe usted si conserva al niño?...

AGAR No lo sé, doctor...

DR. BEN. ¡Fatal!... El crimen llenándolo todo, contaminándolo todo... ¡El crimen de la vida!... ¡Qué razón tenía Zola al declarar a la humanidad asesina de su propia prole!...

AGAR Dígame, doctor... Tengo una curiosidad... Y ya que se ha presentado la ocasión... ¿Los hijos adulterinos están excluídos por la ley de la sociedad, no?...

DR. BEN. En el código argentino, sí, como en casi todos los demás códigos de las naciones latinas, que yo sepa. El artículo 342, un artículo tan bárbaro como viejo, lo establece terminantemente:

«Los hijos adulterinos no tienen por las leyes padre o madre, ni pariente alguno por parte de padre o madre. No tienen derecho a hacer investigaciones judiciales sobre la paternidad o maternidad.»

Una aberración, impropia de la época e indigna del espíritu igualitario de nuestras leyes y de nuestra civilización.

AGAR De modo, doctor, que, en el caso de mi amiga, por ejemplo, que resultó ser casado el hombre ése, su hijo no tiene padre aunque lo probara...

DR. BEN. Para la ley no... ni para la sociedad por consecuencia. El infeliz, fruto de los amores ingenuos de la madre ha de pagar por él y por ella, la infamia y la culpa del padre, y a veces, con exclusivo y único derecho, como sucede en esos casos de testamentaría que tenemos en el estudio.

AGAR. ¿Y si... el padre, por ejemplo, lo quisiera reconocer?...

DR. BEN. Siendo casado, no puede reconocerlo. Se lo veda la ley...

AGAR ¿Aunque no tenga hijos con la mujer propia?

DR. BEN. Aunque no los tenga... La disposición legal es terminante. El hijo adulterino está fuera de la ley.

AGAR ¿Y no hay disposición legal que condene al padre?

DR. BEN. La hay, sí, juzgándolo por adulterio. Pero es necesario probarlo antes, y en el caso ese, con nada se beneficia el hijo, que sigue siendo tan adulterino y tan excluído por la ley como antes.

AGAR ¿Mi amiga, entonces, no podría vengarse o hacer castigar al hombre que la engañó?

DR. BEN. Aunque pudiera, ¿para qué lo habría de hacer? ¿qué

ventajas obtendría con ello?... Aumentar el escándalo y dejar a la criatura en las mismas o peores condiciones. En estos casos la ley es tan imprevisora como injusta. Castiga el infanticidio y el aborto, pero no ofrece resquicio alguno a la reparación o a la esperanza de la reparación, y en consecuencia es más severa y dura con la madre que peca por amor o por ignorancia cargándola con la doble cadena de la deshonra y del espúreo, que con el padre que peca por pecar o por vicio... Además de condenar a un ser inocente a la infamia de toda una vida...

AGAR Pero eso es una aberración...

DR. BEN. Como hay tantas en el código y en la vida... ¿Pero su amiga está ya fuera de toda preocupación?...

AGAR (*Con rubor.*) Creo que sí, doctor...

DR. BEN. ¡Es la consecuencia!... ¡Dura lex, sed lex!... Con permiso... Seguiré estudiando ese expediente... ¿Desea saber otra cosa?...

AGAR No, doctor; gracias... Era por simple curiosidad.

DR. BEN. Y hace bien en preguntarlo... Ojalá a todas las jóvenes de su edad les ocurriera averiguar todas estas cosas... Habría menos Margaritas que las que hay... Con permiso... (*Vase por izquierda. Queda Agar sola un momento como reflexionando. Luego corre a la biblioteca, toma un libro que se supone el Código Civil y lo hojea con interés, sentada en su mesita. Entra a poco Julián por foro. Al ver que no hay en escena otra persona que Agar, se acerca a ella sigilosamente y le da un beso en el cuello.*)

ESCENA IX

AGAR, JULIÁN

AGAR (*Examinando el Código.*) Artículo 342... (*Pausa. Entra Julián y la besa. Sorpresa de Agar.*) ¡Julián!...

JULIÁN Buenas tardes... ¿Te has asustado?...

AGAR Sí... Está el doctor... (*Por Benítez.*)

JULIÁN No habrá oído... No ha sido tan estruendoso.

AGAR No importa... Ahora tengo miedo... aquí... Me da vergüenza... Parece que todo el mundo nos viera... Que todo el mundo lo supiera...

JULIÁN ¡Bah!... Aprensiones, tonta... Con otro beso se te pasarán... Así... (*Va a besarla nuevamente, pero Agar lo rechaza con suavidad.*)

AGAR No... aquí no... No puedo.. no quiero... Hemos llevado esto mucho más allá de lo conveniente...

JULIÁN ¿Qué dices?...

AGAR Sí... pero mucho más allá... Y ya empiezo a arrepentirme...

JULIÁN A arrepentirte, de qué... ¿preciosa?...

AGAR De todo esto, Julián... Desgraciadamente tarde... Porque el mal no tiene remedio ya... Pero es necesario que lo enmendemos, Julián... Por eso quiero que me hables con franqueza, que nos hablemos con franqueza...

JULIÁN Pero, ¿por qué?... Te encuentro extraña hoy...

AGAR Sí... Lo que me presumía está pasando ya... Y hoy, he tenido demasiadas ocasiones para preocuparme seriamente de mi situación... Sí, Julián... En tu mano está: pongámosle remedio...

JULIÁN Habla despacio... ricura... Te puede oir... (*Por Benítez.*)

AGAR ¿No ves?... Tú también temes el escándalo...

JULIÁN Sí... por ti... porque no hay necesidad de que nadie se entere...

AGAR No... no es por eso... Es porque ahora ya tiene consecuencias, que pueden perjudicarte... Así, siempre se teme al mal, por los efectos...

JULIÁN Pero no entiendo, querida... qué es lo que quieres decir...

AGAR Demasiado lo sabes... o lo sospechas... Ya te lo he dicho... No podemos seguir ocultando una cosa que todo el mundo lo sabrá después, pronto quizás...

(*Acercando su boca al oído de Julián y como diciéndole: «Voy a ser madre».*) ¿Comprendes ahora?...

JULIÁN (*Abrumado e incrédulo.*) ¡Posible!...

AGAR (*Indignada.*) ¡Qué!... ¿También eso?... Ahora vas a ofenderme, dudando de mí...

JULIÁN Pero cállate... por Dios... No, si no dudo de ti... Es que, realmente, no podía imaginármelo...

AGAR Lo debíste preveer, sin embargo... Ya lo ves... Ahora no tiene remedio... Es necesario que lo busquemos, no obstante...

JULIÁN Sí... Agar... Sí lo tiene, lo buscaremos, pero... déjamelo meditar... me ha tomado tan de sorpresa...

AGAR ¿Y cómo... de qué manera... cuál remedio le vas a dar?...

JULIÁN No lo sé... por ahora... pero ten calma... Creo que todo se arreglará en seguida, quizás antes de lo que tú crees... Pero no te aflijas. (*Cariñoso.*) No te preocupes... Yo soy un caballero... No tienes por qué dudar de mí...

AGAR No... no dudo de ti... Es que temo, me abruma el pensar que puedas venirme con la solución... de siempre... la que se busca en estos casos cuando no hay el valor ni la sinceridad ni la grandeza de alma para afrontar el mal hecho, con todas sus consecuencias...

JULIÁN Vamos... Vamos Agar... Me estás ofendiendo... Te estás poniendo irrazonable...

AGAR Entonces... ahora te toca solucionar lo demás, el todo... Esto no puede seguir así...

JULIÁN Sí, mi bien. Se solucionará... Pero ten paciencia... Voy a meditarlo... Y tú tendrás que secundarme sumisa y pacientemente... ¿Verdad?... Hay cosas que no se pueden hacer en un minuto...

AGAR Sí... lo haré... si procedes como un caballero...

JULIÁN Ante todo, lo soy... (*Le da ambas manos.*) Y ahora, ponte al trabajo... Disimula... Tengo que consultar un asunto con Benítez. ¿Quedas más tranquila?...

AGAR — Sí... vete... (*Va hacia su máquina y se sienta. Julián camina unos pasos con evidente preocupación. Se detiene frente a su puerta. Luego, con un gesto de decisión, se dirije a la puerta del Dr. Benítez y entra por ella llamando:*)

JULIÁN — Che, Benítez... Con permiso... (*Entra cerrando tras sí la puerta.*)

DR. BEN. — (*Desde adentro.*) Adelante... (*Agar observa un instante. Luego se levanta de su asiento y va hasta la puerta de Benítez. Allí se detiene, con deseos de escuchar subrepticiamente la entrevista, pero reacciona y vase a su máquina, donde se echa a llorar en silencio y angustiosamente.*)

ESCENA X

AGAR. Luego, PADRE ALBERTO y SARA

(*Pequeña pausa. Agar permanece así unos segundos. Luego, reaccionando se enjuga las lágrimas con su pañuelo y aparecen en el compartimento del foro, el Padre Alberto y Sara, la mujer de Julián.*)

P. ALB. — Buenas tardes...

AGAR — Buenas tardes, padre...

P. ALB. — (*A Sara.*) Pasa, Sara... (*Indicándole a Agar.*) La señorita Agar... dactilógrafa del estudio... (*Sara y Agar se saludan con un leve movimiento de cabeza.*) ¿Está el doctor?

AGAR — Sí, padre... Está con el doctor Benítez...

P. ALB. — ¿Hay algún cliente?

AGAR — No, padre... Están solos... ¿Quiere usted que lo anuncie?...

P. ALB. — No se moleste usted... Los sorprenderé yo mismo... (*Vase hasta la puerta de Benítez y golpeando con los nudillos dice:*) ¡Ah, del Areópago!......

ESCENA XI

DICHOS, JULIÁN, DR. BENÍTEZ

JULIÁN (*Saliendo.*) ¡Ah!... Tío... ¡Cómo está usted...

P. ALB. Aquí te traigo una visita... una sorprendente visita...

JULIÁN (*Sorprendido, en efecto.*) ¡Sara!... ¡Tú por aquí!...

SARA Sí... ¿te sorprende?... Lo encontré al Padre en la Catedral y se le ocurrió que lo acompañara a visitarte... (*Julián rápidamente dirije una mirada de angustia a Agar. Un escalofrío de ansiedad corre por todo su cuerpo.*)

JULIÁN Bien... Me alegro... Pero vamos... Los acompañaré... Precisamente, en este instante iba a salir a la calle... (*Sale el Dr. Benítez.*)

P. ALB. Pero espérate, un momento, hombre... Déjanos saludar al doctor... ¿Cómo está usted, doctor?...

DR. BEN. Cómo está padre... (*Dando la mano a Sara.*) Señora.. tanto gusto...

SARA Cómo está doctor...

DR. BEN. ¿De paseo?...

P. ALB. Sí... quise que Sara conociera el estudio y aquí me la traje, aprovechando de paso, su automóvil...

JULIÁN Bien... Pero nos iremos ya... Debo hacer una diligencia urgente...

P. ALB. Pero qué hombres estos, señor... Si parecen máquiquinas... Espérate un segundo, endemoniado... Que conozca Sara tu estudio siquiera, ese antro de códigos y de librotes...

JULIÁN Con el mayor gusto... pasa... pasa Sara... (*Se dirije ansiosamente a la puerta de derecha seguido de Sara.*)

P. ALB. (*Siguiéndoles.*) (*Al Dr. Benítez.*) Usted sabe, doctor, que la curiosidad de las mujeres es inagotable...

DR. BEN. Así es, en efecto... Pase padre... (*Mutis P. Alberto.*)

ESCENA XII

AGAR, DR. BENÍTEZ

(*Agar que durante toda esta escena habrá permanecido frente a su máquina presa de la más angustiosa inquietud, se dirije instintivamente al Dr. Benítez y le llama, antes de que éste penetre por la puerta de derecha.*)

AGAR — Doctor... doctor... Discúlpeme... Una pregunta solamente...

DR. BEN. — Con el mayor gusto...

AGAR — Esa... esa señora... ¿es la esposa del doctor?...

DR. BEN. — (*Sin responder a la pregunta.*) Pero... ¿Qué tiene usted?... ¿Está usted enferma?... ¿Siente algo?...

AGAR — No... nada... (*Tratando de sonreir.*) No, no tengo nada... Pero... ¿esa señora es la esposa de Julián?... digo, ¿del doctor?

DR. BEN. — (*Comprendiendo.*) ¿Por qué?...

AGAR — Por curiosidad... no más... Discúlpeme... ¿Pero es ella, no?...

DR. BEN. — (*Categórico.*) No; es su hermana...

AGAR — ¡Ah!... Tantas gracias... Doctor... Y disculpe...

DR. BEN. — De nada... (*Va a entrar, pero se detiene viendo a Agar, volverse a su máquina. En ese momento salen por la misma puerta Sara, Julián y el Padre Alberto, en el orden indicado.*)

ESCENA XIII

AGAR, DR. BENÍTEZ, SARA, JULIÁN, PADRE ALBERTO

JULIÁN — Bien: ya has visto mi modesto estudio... ¿Vamos?...

SARA — Vamos... ¡Si tienes tanto apuro!... (*Saludando al Dr. Benítez.*) Doctor... Tanto gusto en saludarlo.

DR. BEN. — Igualmente, señora... A sus órdenes...

JULIÁN — Hasta luego Benítez... (*Sale acompañado de Sara que, antes de salir hace una leve inclinación de cabeza a Agar.*)

SARA — (*A Agar.*) ¡Señorita!...

AGAR — (*A Sara.*) ¡Señora!...

P. ALB. — (*Al Dr. Benítez.*) Adiós, doctor...

DR. BEN. — (*Julián vase a su escritorio.*)

P. ALB. — (*Volviéndose.*) ¡Adiós, señorita...! (*Dándole la mano.*)

AGAR — Dígame, padre... ¿Esa señora... es la... hermana del doctor?...

P. ALB. — ¿Sara?... No... es la esposa de Julián... (*Agar rompe a llorar amargamente.*)

AGAR — ¡Canalla!...

P. ALB. — Pero qué tiene... Señorita... ¿Qué le pasa a usted?

AGAR — ¡Canalla!... ¡Canalla!... (*Va a su máquina y se echa a llorar a gritos.*) ¡Me ha engañado!... ¡Me ha engañado!... (*Julián y Sara se han detenido en la división del foro. P. Alberto y Dr. Benítez, se aproximan a Agar tratando de consolarla.*)

P. ALB. — ¿Pero que es ésto?... ¡Qué ocurre aquí, Dios mío!...

DR. BEN. — Tenga usted calma, señorita...

AGAR — ¡Déjenme ustedes!... ¡Déjenme!... ¡Canallas!... ¡Todos, todos canallas!... (*Rompe a llorar amargamente. En la puerta del foro aparece Sara, que contempla la escena con curiosidad e inquietud. A través del cristal del foro se verá a Julián, en actitud pasiva, abrumado por los acontecimientos.*)

Cae el

TELON

ACTO TERCERO

Dormitorio de Agar, arreglado con esa coquetería frecuente entre las jóvenes de clase humilde. Una cama en el ángulo izquierdo y juego de dormitorio sencillo, bien distribuído en la pieza. Roperito, lavatorio, mesa de noche. Una mesa más en el centro con carpeta y floreros. Sillas, un sofá, una hamaca, etc. Las paredes adornadas con cuadritos y colgajos femeniles.

ESCENA I

MARÍA, PETRONA

(Al levantarse el telón aparecerán sentadas, junto a la mesa del centro María, haciendo costura y Petrona, como de visita, ataviada de calle.)

PETRONA ¡Pobre Agar!... Ya ve usted María... Ni el ejemplo doloroso y cruel de las demás, ni la lección terrible sufrida por los otros, impiden que el error siga cundiendo y que el mal siga haciendo estragos, aún en las más avisadas, en las menos sospechables... ¡Como Margarita!...

MARÍA ¡Desgraciada!... Y yo tan segura, tan confiada que estaba en su seriedad, en su honestidad...

PETRONA ¡Oh!... María; la más fuerte virtud tiene su cuarto de hora de debilidad... Y ese cuarto de hora es del amor... cuando se tiene un hombre al lado... Mujeres somos al fin... y ellos... ellos hombres...

MARÍA — No los justifique usted ahora, Petrona... Porque me hace mucho más daño todavía... Me parece un sarcasmo...

PETRONA — Qué quiere... Como todo se olvida, al fin... he concluído por comprenderlo, por aceptarlo, por resignarme a todo...

MARÍA — Es que ha salido del mal paso ya...

PETRONA — Tal vez... pero a costa de qué, María... A costa de qué... Ya lo sabe usted...

MARÍA — Bien, bien Petrona... dejemos por favor... estas cosas... No sé lo que pasará... No sé cómo se solucionará... pero no me gusta, me hace mal, tengo miedo de hablar, de pensar en ello... ¡Sea lo que Dios quiera!...

PETRONA — No María, no lo que Dios quiera... Al mal hay que ponerle remedio, desgraciadamente... Y confiar poco por ahora en el auxilio divino... ¿Ustedes no han hecho ningún paso por remediarlo?...

MARÍA — Sí... todos... ¡pero para qué!... El es casado también como el de Margarita... Tiene su mujer legítima, joven también... Y nada, absolutamente nada se podrá conseguir...

PETRONA — ¿Le vieron a él después del incidente que me cuenta?...

MARÍA — No... No ha sido posible... Se oculta.

PETRONA — Como todos... ¡Cobarde... como todos!...

MARÍA — Sí, se oculta, pero el socio, el doctor Benítez, que parece muy caballero, ha servido de intermediario, a fin de solucionar el asunto lo mejor posible... Prometió ayudarnos, hacer todo lo que esté a su alcance porque el canalla reparara el mal en alguna forma... pero ya lo sabe usted Petrona... No hay arreglo alguno...

PETRONA — Y la mujer de él, después del descubrimiento, ¿qué hizo?... ¿Continúa con él?...

MARÍA — No lo sé... Tengo entendido que se separaron, pero intervino el cura ese, tío de él... y según parece se arreglaron... sí, se reconciliaron...

PETRONA — Y entretanto...

MARÍA — Entretanto, y como tenía que suceder, Agar en la misma situación... la única perjudicada...

PETRONA — La historia de siempre... ¡la eterna víctima!...

MARÍA — Y usted Petrona, usted que es más fuerte, más serena, acaso más experta, ya que antes que yo pasó por la misma situación. ¿Qué me aconseja?... ¿Qué nos recomienda?...

PETRONA — ¡Qué le voy a aconsejar María!... Es tan malo, tan perverso el consejo que se le ocurre a una, y después es tan vulgar, que no solo da miedo, si no también vergüenza de decirlo... Es lo primero que le aconsejarán ellos... ¡y acaso, lo único que se les ocurra a ustedes!...

MARÍA — Verdad... verdad... ¡Y para qué!... ¡Para qué!... Agar y yo, no queremos ni imaginarlo... Habrá que resignarse al fin... a lo que venga... (*Se abre la puerta de izquierda.*) Silencio, por Dios... Ahí está Agar...

ESCENA II

DICHAS, AGAR

(*Aparece Agar por izquierda, vistiendo un batón sencillo pero elegante.*)

AGAR — ¡Doña Petrona!... ¿Usted por acá?... (*Se besan.*)

PETRONA — Sí, mi hija... He venido a hacer unas compras para volverme mañana o pasado... Y no pude menos que venirlas a visitar... ¿Y tú?... ¿estabas durmiendo?...

AGAR — Sí... Me había recostado un poco en la cama de mamá y me he quedado dormida... Ando tan cansada, tan fastidiada... ¿Y Margarita?... ¿No ha venido con usted?...

PETRONA — No; quedó allá, recomendándome que te saludara en su nombre... y te diera la buena nueva...

AGAR ¿Buena nueva?... ¿Cuál?...

PETRONA Se casa...

AGAR ¿Se casa?... ¿Margarita?...

PETRONA Sí... parece extraño, ¿verdad?... Sin embargo, así es... Se casa con el maestro de escuela del pueblo... un mozo muy bueno... al parecer... La pidió... y creemos que éste no nos engañará...

AGAR (*Tristemente.*) ¡Pobre Margot!.... Más vale así: que sea muy feliz...

PETRONA Gracias, Agar... Ella y yo deseamos de todo corazón que tú también lo seas.

AGAR (*Sin poder contener un sollozo.*) Sí... sí... ¡muy feliz!...

PETRONA ¡Pobrecita Agar!...

AGAR Ya lo sabrá usted, doña Petrona... porque mamá se lo habrá dicho... (*Petrona asiente con la cabeza.*) Como Margarita... como ella...

PETRONA Sí... ya lo sé, Agar... Pero ¿qué hacerle? Parece un destino de las pobres... Muchas, muchísimas somos las condenadas a pasar por el mismo dolor...

AGAR (*Echándose a llorar sobre la mesa.*) ¡Tan injustamente!... ¡Tan cruelmente!... (*María se levanta secándose las lágrimas.*)

MARÍA Ya vengo, Petrona... (*Hace un gesto como indicándole a Petrona que la consuele y vase por foro.*)

ESCENA III

AGAR, PETRONA

PETRONA Pero no llores Agar, no llores... Acuérdate de tus mismos consejos a Margot... Qué hemos de remediar con ese llanto inútil... Ahora te toca a ti ser fuerte.

AGAR Sí, lo soy doña Petrona, trato de serlo, pero me vence, me anonada el pensar en mi propia cobardía, en mi

propia infamia, porque de ésto yo sola tengo la culpa, yo, que he tenido el doloroso ejemplo de Margot y de tantos casos; que, ciega de amor o de ignorancia, no fuí capaz de sospechar lo que todos sabían; que confiada y crédula, no dudé nunca de él y ni acepté la menor idea de un engaño... eso es lo que me mata, señora: el sentirme culpable sin saberlo, sin haberlo podido impedir...

PETRONA Así es, mi hijita. Sólo se aprende experiencia en carne propia... Pero ahora las lamentaciones son inútiles... Hay que obrar... y obrar rápida y enérgicamente... ¿Te has convencido ya de que todo es... inútil?...

AGAR No sé, señora... No sé... Y tengo miedo de convencerme...

PETRONA Pues, es necesario, sin embargo. En el mal, nada hay más consolador que la esperanza, pero tampoco nada hay más perjudicial... Mira... yo no sé francamente, si debo, pero... a grandes males grandes remedios... Agar... ¿Por qué no imitas a Margot?... (*Agar, con la mirada extraviada como si no alcanzara a comprender el terrible consejo, contempla sin responder a Petrona.*) Mira... precisamente, traigo aquí el diario... Hay una infinidad de avisos... Porque el mal... ese, se ha hecho ya una profesión: ¿ves?... (*Busca en el diario (La Prensa) un aviso y lee, entre con misterio y miedo.*) «Partera aprobada. Da pensión. Se encarga del niño. Sistema moderno»... Yo conozco a una que...

AGAR (*Poniéndose de pie, con dignidad y fiereza.*) Basta, basta, señora... No quiero saberlo, no necesito saberlo... Antes que eso... Antes que eso... me queda todavía la vida, de frente... Yo sola lo solucionaré...

PETRONA Perdona, no he querido ofenderte... Por eso te pregunté antes si estabas ya convencida de la inutilidad de toda esperanza... Si crees, todavía en algo,

haces bien en esperar... Nosotras también creímos... Lástima que todo no fué más que un loco ensueño... Se convence tarde una, a veces...

AGAR — No importa...

PETRONA — Mejor, mi hijita... Perdóname, entonces... Y haz de cuenta que no he dicho nada...

AGAR — Sí... pierda usted cuidado... Me lo esperaba ya. Es el consejo... de todos...

PETRONA — Como que es el único al fin... Ya lo verás. Cómo no te resuelvas a llevar a... sí, a llevar a tu hijo como un sello, como un letrero de infamia... Porque, en ciertos casos, y en el tuyo, especialmente, un hijo es eso...

AGAR — Basta, basta, señora... por favor. (*Llorando.*) ¿Por qué quiere usted envenenarme más de lo que estoy?...

PETRONA — No, mi hijita... No he querido hacerte daño... Me has acusado y me he defendido... Acuérdate que también mi hija estaba en tu caso...

AGAR — Sí... sí, señora... pero no hablemos más de ello... No quiero hablar... no quiero ni recordarlo... (*Oculta la cabeza entre las manos en el sitio de la mesa en que está sentada.*)

PETRONA — Como quieras... (*Una breve pausa. Entra por foro María con visibles demostraciones de inquietud.*)

ESCENA IV

DICHAS, MARÍA

MARÍA — Agar... Agar... Está el doctor Benítez...

AGAR — (*Sorprendida.*) ¿El doctor?... ¿El doctor Benítez?...

MARÍA — Sí... Me dijo que deseaba verte, conversar contigo... Y antes de hacerlo pasar, por consejo de él mismo, quería preguntarte...

AGAR — Yo no sé, mamá... (*Indecisa.*)

PETRONA — ¿Es el socio de?... Y hágalo pasar... Tal vez sea

para tu bien... Yo me iré... y esta tarde volveré a despedirme... Adiós Agar. (*Besándola.*) Ya sabes... perdóname...

AGAR — De nada, señora... al contrario... ¡Adiós!....

PETRONA — Vamos, María...

MARÍA — ¿Le vas a recibir aquí?...

AGAR — Sí, ¿a dónde mejor?... (*Salen por foro María y Petrona. Agar se enjuga los ojos y se arregla, con cierta displicencia el vestido y los cabellos. Pausa.*)

ESCENA V

AGAR, MARÍA, DR. BENÍTEZ

MARÍA — Pase, doctor...

DR. BEN. — Buenas tardes... Señorita...

AGAR — ¡Doctor!... (*Tímida y avergonzada va hacia él y le tiende la mano.*)

DR. BEN. — Usted disculpará Agar, que me haya atrevido a venir hasta aquí... Prometí a su mamá ocuparme de este desgraciado asunto con toda mi buena voluntad...

AGAR — Y no habrá usted logrado nada, sin duda...

DR. BEN. — Creo haberle advertido otra vez, lo injusta, lo anticuada, lo bárbara diría que es la ley en estos casos, para que insista ahora en explicaciones supérfluas... Desgraciadamente así es... Pero no he venido a disculparme... Vengo a pedirle a usted una concesión...

AGAR — ¿A mí... ¿Qué más he de conceder ya?...

MARÍA — Tome asiento, doctor...

DR. BEN. — No, señora, gracias... Son muy pocas palabras. He podido comprobar el día que se reveló el secreto de su desgracia, que usted ignoraba absolutamente el estado de Julián...

AGAR — Me ofendería usted, doctor, creyendo o sospechando lo contrario...

DR. BEN. Por eso mismo lo confieso ahora. Bien. Usted estará convencida, pues tiene espíritu fuerte y buena comprensión, de la gravedad irremediable de su estado, ¿verdad?...

AGAR Desgraciadamente, sí, doctor...

DR. BEN. Bien; pues voy a serle otra vez franco, rudamente franco, como lo exigen las circunstancias... ¿Tendrá usted la suficiente serenidad para escucharme dos minutos?

AGAR (*Hace un movimiento afirmativo.*)

DR. BEN. Usted sabe que nada puede hacer, en este caso, la voluntad humana que remedie la falla de la ley. Aquella sentencia bíblica que nos refería cierta vez el Padre Alberto, de que el hijo de Agar, que tan cruelmente coincide con su propio nombre, tendría a todos en contra de él, vuelve a repetirse en su caso, como en el de todas las mujeres a quienes el amor burla tan dolorosamente... Sin embargo, agotando voluntades y sentimientos, he podido obtener que «él viva en medio a sus hermanos»... que su hijo de usted, tenga padre...

AGAR (*Sin poderse contener.*) ¡Usted, doctor!... ¡Cómo!...

DR. BEN. Un segundo, Agar... En su coche, me espera afuera la esposa de Julián... Quiere conversar con usted!...

AGAR ¿Ella?...

DR. BEN. Sí, ella... Usted comprenderá que para él sería esto demasiado violento...

AGAR Para su cobardía...

DR. BEN. El pecado es siempre cobarde... ¿La recibirá usted?...

AGAR ¿Yo?... ¡No!...

DR. BEN. Comprendo su repugnancia a mantener una entrevista como ésta... Pero la consideré una solución...

MARÍA ¿Y qué vas a hacer hija mía?...

AGAR No, no puedo. Sería demasiado... Ser la víctima, ser la única perjudicada, y recibir todavía en mi cara

el reproche justo, la recriminación indignada de su esposa... de su legítima mujer... No, no... sería demasiado.

Dr. Ben. No viene a reprocharla a usted, Agar. Ha comprendido la esposa de Julián, todo su dolor y toda su tristeza. La sabe a usted inocente y víctima, pero mujer fuerte y culta y, perdóneme usted, buena, se ha resuelto, contra lo vulgar, a colaborar en la reparación que a usted se le debe... Y yo, creo que ello es más bien un triunfo nuestro sobre los prejuicios y sobre la misma ley...

Agar ¿Y qué, qué Dios mío, me puede proponer esa señora?...

Dr. Ben. Usted la escuchará... ¿Acepta usted?

María Sí, hija mía... ¿Qué mal puede haber en ello?...

Dr. Ben. ¿Acepta usted?... (*Agar inclina la cabeza asintiendo.*) Voy en su busca... Con permiso... (*Sale por foro.*)

ESCENA VI

AGAR, MARÍA

(*Quedan un segundo ambas mujeres, mirándose fijamente, como embargadas por la situación. Agar es la primera que habla.*)

Agar Mamá... Mamá... Usted sabe algo de todo esto... Hábleme, dígamelo... ¿Qué se proponen, qué quiere esa mujer viniendo aquí?...

María No lo sé, hija mía, no lo sé... El doctor se comprometió a ayudarnos, a salvarnos de una situación que no tenía y que no tiene remedio... pero no me ha dicho lo que se proponía...

Agar Pero esa señora ¿a qué viene aquí?... ¿Qué quiere conmigo?... Me odiará, me despreciará, me acusará...

María Cuando se atreve a venir hasta aquí no será para eso sin duda... ¡Quién sabe!... Nada perdemos con

recibirla... Por lo demás no se le consentiría que viniera a ofenderte...

AGAR ¡Ah, no!... Claro está que no se lo consentiría... Demasiado castigo tengo de mi falta con mi propia situación...

MARÍA Demasiado castigo tenemos las dos, Agar... las dos...

ESCENA VII

DICHAS, SARA, DR. BENÍTEZ, PADRE ALBERTO

DR. BEN. (*Apareciendo por foro.*) Con permiso...

MARÍA (*Después de dirigir una mirada de consulta a Agar.*) Pase usted, doctor... (*El Dr. Benítez avanza unos pasos y aparece la figura elegante de Sara. Detrás el Padre Alberto. En los rostros de todos se observa la zozobra del momento.*)

DR. BEN. (*Con acento un tanto emocionado.*) La esposa de Julián. (*Sara saluda con una inclinación de cabeza que Agar apenas contesta, turbada por la emoción y la inquietud.*) Agar: la señora me ha pedido la conduzca hasta usted, porque desea cambiar unas breves palabras con usted... He cumplido con mi misión... Dejo a las dos, solas...

MARÍA (*Comprendiendo.*) Pase por aquí, doctor... Yo les acompañaré... Pase, padre... (*Vase por foro seguido del doctor Benítez.*)

ESCENA VIII

AGAG, SARA

SARA (*Una vez sola con Agar y después de una breve pausa de embarazo.*) Yo comprendo, señorita, lo violento de esta situación para usted... Créame que no deja de

serlo para mí, pero me he resuelto a ello después de madura reflexión...

AGAR Usted dirá...

SARA El doctor Benítez y mi propio esposo se han encargado de revelarme y de demostrarme su inocencia... Usted ignoraba en absoluto que Julián era casado antes de ceder a su amor...

AGAR Usted no debe dudarlo un momento...

SARA No lo dudo... Pero, usted me permitirá que, sin ofenderla, inquiera todavía algo más sobre este doloroso asunto...

AGAR Usted puede preguntar...

SARA ¿No llegó nunca a sus oídos, ni por reflejo, ni por alusiones, el estado de Julián?... ¿No tuvo nunca sospechas sobre sus antecedentes?...

AGAR De haberlas tenido, jamás hubiera llegado a caer, como he caído, señora... Sabía que... que su esposo era provinciano, y de que hacía poco tiempo que residía en la capital... Más aún, que tenía familia en su provincia, pero nunca sospeché que esa familia era su esposa...

SARA Lo creo... Hace muy poco tiempo que he llegado yo misma... y que he contraído matrimonio con él... Y esta certidumbre que usted confirma ahora es lo que me ha decidido a afrontar esta entrevista... Yo he perdonado a mi esposo este... este desliz, porque le amo... Como usted ha podido amarlo le amo yo... Y mi separación de él en virtud de este agravio hecho a mi amor y a mi dignidad, en vez de mejorar su situación, no haría más que empeorar la de los dos... Por eso he optado por el perdón... ¿Quiere usted comprenderlo así?...

AGAR Sí... así lo comprendo... Y usted tiene de las dos el mejor derecho...

SARA Quizás... Y por ello mismo he querido que no sea usted la única víctima tampoco... Demasiado he pagado yo misma el pecado de Julián con mi propio

dolor y mi propia vergüenza... (*Pausa.*) Conozco su estado y he querido, después de consultarlo, contribuir a la reparación que usted merece por un medio, único que las circunstancias aconsejan... (*Agar no responde aunque manifiesta la intensa espectativa que la preocupa.*) Yo no he tenido hijos con mi esposo... La ley no reconoce al de usted mientras yo, la esposa, no le ampare, con mi nombre y mi ternura... Y bien: yo recojo a su hijo... Agar...

AGAR (*Sorprendida.*) ¡Usted!...

SARA Sí... yo y mi esposo... Hemos convenido en adoptarlo como legítimo de nuestro matrimonio a fin de burlar la condenación de la ley... y de la sociedad... Y este es el único recurso de que se puede disponer... Pero exige de usted un sacrificio... Lo acepta usted?... (*Agar abrumada por la multitud de sentimientos que la asaltan cae sentada en una de las sillas que se encuentran cerca de la mesa, apoyando en ella la cara, y sollozando violentamente.*)

AGAR No lo sé... Señora, no lo sé...

SARA (*Aproximándose, con ternura.*) Yo comprendo todo su dolor, Agar y lo respeto... Pero créame que esta propuesta es mi más sincera muestra de la simpatía y la consideración que usted me merece... Sea usted razonable señorita... no hay otro remedio de librarla a usted y a su hijo de las consecuencias de su debilidad y de... lo diré claramente, de la infamia de mi marido... ¿Acepta usted?...

AGAR Hable usted, señora, hable usted...

SARA El sacrificio que se le exige es que nos haga usted entrega del niño cuando nazca... El tendrá en mí una madre... y tendrá además a su padre... Pero usted lo comprenderá: es necesario que usted se elimine...

AGAR (*Con altivez, sin comprender casi.*) ¡Eh!...

SARA Quiero decir: que usted renuncie a sus derechos de madre... y sacrifique su propio amor en beneficio del

porvenir y de la vida de su hijo... Usted alcanzará el sentido de lo que quiero decir. Yo no podría tolerar que usted criara al niño, porque eso significaría para mí una duda eterna y terrible... Equivaldría a creer que usted seguiría siendo la... la amante de mi esposo...

AGAR (*Poniéndose de pie.*) Basta, señora... Agradezco toda su buena voluntad y todo su sacrificio, pero no puedo aceptarlo... Yo sola criaré a mi hijo... Aunque no tenga padre... él tendrá una madre... ¡yo!... Y yo pagaré por él y por mí las consecuencias de mi delito...

SARA Y las pagará él sin ser culpable...

AGAR ¡No importa!... Lo que es el fruto de mi amor, ingenuo pero sincero, será la carga de mi culpa si usted quiere... pero yo no abandonaré a mi hijo, así, así como usted lo exige.

SARA Comprenda usted, señorita, que no he querido ofenderla... Unicamente he obedecido a las instancias de una buena intención queriendo evitar a su inocente hijo la infamia de una vida que él no merece y de la que no es culpable... Si usted sacrifica su porvenir a su egoísmo, yo nada debo ya agregar...

AGAR No es mi egoísmo, es mi amor, si usted no quiere llamarle mi dignidad...

SARA Así será, señorita... De cualquier manera yo esperaré su decisión... Con calma usted lo pensará... (*Saludando.*) Señorita...

AGAR Señora... (*Sara sale altivamente por la puerta del foro. Agar se echa en la cama a sollozar amargamente.*)

ESCENA IX

AGAR, MARÍA, DR. BENÍTEZ, PADRE ALBERTO

(*Aparecen, después de una breve pausa, María, el doctor Benítez y el Padre Alberto por el foro.*)

MARÍA (*Corre a socorrer a Agar.*) Qué tienes hija mía... ¿qué tienes?... (*El P. Alberto y el Dr. Benítez se miran un instante comprendiendo el resultado de la entrevista entre las dos mujeres.*)

DR. BEN. Es inútil... Yo me lo temía...

P. ALB. Vaya usted, doctor, acompañe a Sara... Yo trataré de convencer a esta pobre joven...

DR. BEN. (*Decidiéndose.*) Dios le oiga, padre...

P. ALB. En su nombre lo hago... (*Sale el Dr. Benítez por foro.*)

ESCENA X

AGAR, MARÍA, PADRE ALBERTO

P. ALB. (*Acercándose a Agar.*) No desespere usted así, señorita... Tenga usted presente que pruebas mayores da Dios a sus criaturas...

AGAR (*Al oir la voz del P. Alberto se incorpora, y sollozando.*) ¡Padre!... ¡Por qué!... ¡Por qué me descubrió usted la verdad!...

P. ALB. ¡Hija mía! tarde o temprano había de descubrirse... Nunca queda impune el pecado... Pero no debe usted ser así... Todos, todos estamos empeñados en solucionar este triste asunto... Tenga usted valor, Agar... Piense usted en que no tiene otro remedio su situación... Y confíe en Dios... A él solo está dado enmendar los errores y fallas de la vida... ¿Por qué ha rechazado usted la propuesta de Sara?...

AGAR Porque no puedo aceptarla, padre... Porque no puedo resignarme a perder mis tristes derechos de madre sobre el único ser que acaso consuele mi propio pecado...

P. ALB. Pero usted comprenderá, señorita, la situación en que su hijo de usted y usted misma quedarán una vez nacido al mundo el fruto de esos amores... Para él y para usted será un estigma la vida misma de ese infeliz...

AGAR Lo sé, padre; lo sé: pero el sacrificio que se me impone es superior a mis fuerzas... Después... después mi infamia no se remediaría con ello... Seguiría siendo yo la cómplice de un adúltero... sin el consuelo del fruto que me dignificara... o me justificara a mis propios ojos... Antes preferiría...

P. ALB. ¿Qué va usted a decir, señorita?... ¿Qué va usted a decir?...

AGAR (*Con tristeza.*) Que antes preferiría que no naciera mi hijo...

MARÍA Agar... ¡No digas eso!...

P. ALB. ¡Dios se lo perdone!... No se deje usted dominar así, Agar, por la desesperación... Confíe usted en la misericordia divina y reconforte su espíritu en la oración... Acaso pueda el Señor más que nosotros... Medítelo usted bien Agar...

AGAR Sí, padre... Sí, lo meditaré... pero bien veo que me será imposible resolverme... ¡Dar a luz un niño, encarnar en él este cariño que empieza a nacer en mí, para que se me arrebate como una infamia, para que se le oculte la madre como un estigma... No, padre, no... Es demasiada la injusticia...

P. ALB. Así lo exige la ley... Señorita... Y ya lo ve usted... ni nuestra resolución, ni nuestro acuerdo común pueden evitar su terrible inexorabilidad... (*Antes de terminar estas palabras el Padre Alberto, aparece en la puerta del foro Picapleitos. Simula un aire compungido y tristón.*)

ESCENA XI

DICHOS, PICAPLEITOS

PICAPL. (*Asomando por foro.*) Buenas tardes... ¿Se puede?... (*Gesto de desagrado en Agar y de sorpresa en el Padre Alberto.*)

MARÍA Buenas tardes...

PICAPL. Ustedes disimularán mi atrevimiento al venir hasta aquí, pero... lo he hecho obedeciendo a un movimiento de viva simpatía... Señorita...

AGAR ¡Usted también lo sabe, ya!...

PICAPL. Desgraciadamente, señorita, hay cosas que nada las puede detener... pero créame... de mí es difícil que pase más allá...

AGAR No me interesa tampoco...

PICAPL. Comprendo que la he contrariado con esta visita... y lo lamento... pero como venía a ofrecer a usted mi decidido y sincero apoyo, creo no hacer mayor mal con ello...

AGAR ¿Usted?...

PICAPL. Sí, Agar, yo... Y usted lo disculpará... pero tal vez lo que le vengo a... a decir, es algo de vital interés para usted...

AGAR No comprendo... Quiere usted explicarse...?

PICAPL. Yo creí, al venir aquí, poder hablarla a solas...

P. ALB. Por mí, puedo retirarme...

AGAR No, padre... Qué más puede decirme que no sepa usted... o que no lo pueda saber...

PICAPL. Sin embargo... yo preferiría hablarla a solas... me es necesario...

MARÍA Pase por aquí, padre... será una molestia más...

PICAPL. Son muy pocas palabras, padre...

MARÍA Sí, pase un momento...

P. ALB. (*Entre intrigado y dudoso, hace mutis por izquierda con María. Antes de salir dirije una mirada exploradora a Picapleitos.*) Con permiso...

ESCENA XII

AGAR, PICAPLEITOS

(*Una vez que quedan solos, Picapleitos toma una silla y se aproxima a Agar.*)

PICAPL. Ante todo Agar, discúlpeme que venga a hablarla así, tan de improviso, de un asunto que es práctica preparar... Pero creo que las circunstancias no son como para perder tiempo...

AGAR. Explíquese usted no más...

PICAPL. Usted conocerá ya, a fondo, su verdadera situación, después de lo sucedido...

AGAR. Sí... todo lo que usted me pueda decir al respecto lo conozco, desgraciadamente...

PICAPL. Bien: eso me evita mayores explicaciones porque me hace suponer que usted será razonable...

AGAR. Y bien: hable usted...

PICAPL. Usted conoce mis vivas simpatías, por usted... señorita... Aunque las haya tomado a broma todas mis palabras de interés y de afecto por usted eran sinceras, muy sinceras...

AGAR. Y yo se las agradezco... Pero no me explico ahora a qué vienen...

PICAPL. (*Acercándose con la silla y cobrando alientos.*) Se lo diré a usted Agar... Yo siempre la he distinguido a usted y respetado debidamente... Las circunstancias sin embargo han impedido que antes que ahora le hablara con la sinceridad, y con la seriedad sobre todo, con que hoy lo hago...

AGAR. Y hoy... ¿por qué?...

PICAPL. Hoy... hoy, porque la veo a usted sufrir Agar... He comprendido lo doloroso de su situación y lo irremediable de su estado... y... como mi cariño por

usted no ha variado, venía a ofrecerle a usted... mi protección Agar...

AGAR (*Poniéndose de pie.*) ¿Usted viene a ofrecerme su protección?....

PICAPL. (*Poniéndose de pie y recalcando las palabras.*) Sí, y mi cariño Agar...

AGAR No obstante... lo que usted sabe...

PICAPL. No obstante... lo que le probará toda la sinceridad de el...

AGAR (*Con intención visible de aplastarlo.*) ¿Y usted está dispuesto a casarse conmigo?...

PICAPL. (*Como si le echaran un jarro de agua.*) Sí... este... creo que no habrá inconveniente...

AGAR Pero ahora, duda usted...

PICAPL. No... no dudo... pero usted comprenderá que, eso podría ser una vez que nuestro mutuo afecto se afirmara... Después... de lo sucedido... francamente...

AGAR Francamente, es usted un cínico...

PICAPL. ¡Agar!!...

AGAR Sí, un cínico... Usted venía, como de costumbre a echar el diente sobre los despojos que sobraran a su amo... Como de costumbre en sus negocios leguleyos, viene usted a sacar el último bocado, abusando de la situación irremediable que usted cree...

PICAPL. Pero... señorita...

AGAR Viene usted a enmendar la ley con la camándula como usted dice... A hacerme su concubina después de haberlo sido de su patrón... Retírese, cínico, sinvergüenza...

PICAPL. Pero... Agar... Yo...

AGAR Retírese usted... inmediatamente...

PICAPL. (*Retrocediendo hasta el foro.*) Pero usted no me quiere escuchar...

AGAR ¡Retírese... canalla!... (*Picapleitos sale por foro corrido y avergonzado.*) ¡Canalla!... ¡Qué vergüenza!... Señor... ¡Qué vergüenza!... (*Rompe en so-*

llozos en momentos que aparecen por la puerta de izquierda el Padre Alberto y María. Sorpresa en ambos. María corre a abrazar a su hija.)

ESCENA ULTIMA

AGAR, MARÍA, PADRE ALBERTO

MARÍA ¿Qué ha ocurrido, hija mía, qué ha ocurrido?

AGAR Lo que tenía que suceder, mamá, lo que tiene que suceder... Que ya no soy solo la víctima de un infame, la cómplice de un adúltero, la pecadora despreciable, la madre que infama a su propio hijo... Ahora también soy el fruto de la codicia y del deseo de todo el mundo... Ahora soy la desgraciada a quien se ofrece protección en cambio de su... de su belleza... El instrumento de placer que todo el mundo busca, gratuito y sin consecuencias...

P. ALB. ¡Pero quién le ha dicho a usted eso... hija mía!...

AGAR Ese hombre... ese que acaba de salir que viene a ofrecerse para infamarme más aún...

P. ALB. Pero ese hombre es un loco...

AGAR Ese hombre es como todos... o como casi todos, padre... Como lo serán mañana cuando mi hijo sin padre, vaya proclamando mi deshonra y mi ludibrio... No, mamá, no... No quiero a mi hijo...! No lo quiero... (*Se echa a llorar en el hombro de María, desesperadamente.*)

MARÍA (*Llorando.*) Hija mía... Tenga paciencia...

AGAR No... mamá... No lo quiero... no lo quiero...!

P. ALB. (*Conmovido ante el cuadro levanta los brazos al cielo.*) ¡Bendito sea el Señor!... (*Acercándose al grupo de Agar y María, de manera de quedar en el centro de la escena de frente al público. Mientras ambas mujeres sollozan intensamente.*) Tenga usted fe en Dios y en su santa madre, hija mía... Acuérdese que

ella también sufrió los hondos dolores de una maternidad desgraciada y heroica...

AGAR ¡No... no quiero ser madre!...

P. ALB. Eleve usted su pensamiento y su espíritu a la virgen santísima y ore conmigo Agar... Ore usted conmigo... (*Con voz tranquila y sonora el Padre Alberto comienza, pausadamente, el Ave-María.*) Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres... (*Mientras el Padre Alberto pronuncia las palabras anteriores, Agar levanta su cabeza del seno materno. El Padre Alberto dice la última frase de la oración con acento vibrante y solemne.*) ¡Y bendito es el fruto de tu vientre!...

AGAR (*Como transfigurada por la indignación y la pena no puede contener un grito, mezcla de imprecación y de sollozo.*) ¡Mentira!... ¡Mentira!!... (*Cae de nuevo sollozando sobre el hombro de María.*)

TELON

Imp. Araujo Hnos. Rivadavia 1731